

CAPÍTULO VIII

Pío VII llama á Roma á un Padre de Rusia. — Concepto en que de los Padres rusos es tenido el P. Pignatelli. — Es nombrado Provincial de Parma. — Sorpresa que su nombramiento le causa. — El general francés Moureau y los jesuítas de Plasencia. — Viene de Rusia el P. Cayetano Angiolini. — Su paso por Viena. — Llega á Roma. — Efectos que produce su llegada. — Españoles agregados en Roma á la Compañía de Rusia. — El P. Angiolini y Pío VII. — Pasan á Rusia otros dos novicios de Colorno. — Obsequia el Provincial de los Padres dominicos al P. Pignatelli. — Devocion del Venerable al Señor sacramentado, al Sagrado Corazon de Jesús, á la Virgen Santísima y otros Santos. — Sorpréndele en su oracion retirada un niño estudiante penitente suyo.

1803

Siendo tanta, como acabamos de ver, la opinion de santo de que gozaba el P. Pignatelli; el único cuyos ojos permanecían ciegos á sus resplandores, era el mismo Padre. Tan metido ésta- ba en el profundo conocimiento de su inutilidad y de su miseria, que los ajenos elogios le humillaban, al ver que carecía de las prendas y dotes que se admiraban en él, siendo así que su cargo demandaba que los tuviese en realidad.

Estaba creído que otro cualquiera gobernaría con más pru- dencia y mayor ejemplo aquella familia religiosa, y la adelanta- ría más en el camino de la virtud; pero muy de otra manera opinaban sus Superiores; el Provincial, por lo que con sus mis-

mos ojos veía y admiraba; el General, por las informaciones que de los Padres de Parma recibía, y por las cartas del mismo Padre José, en que le daba cuenta de su espíritu y le suplicaba le exonerase del oficio de gobernar, que tan mal desempeñaba. Veamos cuán al revés de sus deseos le sucedió todo.

Deseaba Pío VII restablecer la Compañía: mas eran tantas las dificultades que se atravesaban, que se vio precisado á guardar en este negocio la más estricta reserva y prudente secreto. Por medio del mencionado senador Rezzónico agenció con la corte de Rusia la ida de uno de los Padres á Roma con el oficio de Procurador General de la Compañía. Segun el P. Zalenski, para obtener pasaporte, fue necesario valerse del pretexto de que convenia pasase un Padre á Italia, á fin de tomar posesion de una rica biblioteca dejada en testamento á la Compañía: lo cual supone que no era fácil el emperador en otorgar tales documentos.

Sea de esto lo que se fuere, lo cierto es, que por este tiempo, á principios de 1803, por orden de Pío VII pasó á Roma el P. Cayetano Angiolini; el cual, ántes de salir de Rusia, pidió al Padre General Grüber nombrase Provincial de Italia al P. Pignatelli. Oigamos cómo refiere este hecho D. Luis María Rezzi. Dice así: «Recuerdo haberme dicho el P. Angiolini, que cuando él fue enviado á Italia por el P. Prepósito General Grüber, le propuso que nombrase Provincial al P. Pignatelli; y que el P. Grüber al principio dio muestras de no adherir á su propuesta, diciendo, como hombre que era de prudencia y penetracion, que siendo italiano el uno y español el otro, tal vez no andarian acordes, por efecto del diferente carácter nacional; pero que después accedió á ello por haberle el P. Angiolini dado á entender que el P. Pignatelli era hombre de tal virtud, que no daría lugar á semejantes disgustos.»

Este era el concepto que tenían del Siervo de Dios los Padres de Rusia: y en la seguridad de que el buen Padre andaría per-

¹ *Process. Rom.*, fol. 1196.

fectamente de acuerdo con el P. Angiolini, y pondría todas sus fuerzas al servicio de la Compañía en la nueva fase en que esta, conforme á los deseos del Papa iba á entrar; escribió el P. General una carta al anciano P. Panizzoni, participándole su cesacion en el cargo de Provincial y el nombramiento de su sucesor en el oficio, que era el P. José Pignatelli, conforme á la patente que le acompañaba. Al nuevo Provincial escribió tambien anunciándole su nuevo destino y la ida del P. Angiolini á Roma, señalando á cada uno los límites de su autoridad, y haciéndolos depender mutuamente uno de otro, de forma que hubiera unidad de accion entre los dos.

La carta del P. General al P. Pignatelli estaba concebida en estos términos: «Agravándose cada día más la edad del P. Luis Panizzoni, he juzgado en el Señor confiar á V. Reverencia el oficio de Provincial de Italia; y á este fin le envío las letras patentes, é incluyo un ejemplar de la instruccion que se dio tiempo atrás al P. Antonio Messarati, para que V. Reverencia conozca por ella las facultades que tiene. Escribo tambien al Padre Panizzoni comunicándole esta mi disposicion, y encargándole entregue á V. Reverencia el oficio con la instruccion susodicha.»

«Tome, pues, V. Reverencia sobre sus hombros esta carga con felices auspicios y con la proteccion del Señor; pues no dudo que sabrá llevarla con aquella prudencia que le reconozco, de manera que sea para grande gloria del Señor y segun la mente de N. S. Padre. He enviado á Roma para tratar los negocios de la Compañía al P. Cayetano Angiolini, asistente. En las cosas de mayor momento acuda á él V. Reverencia; pues le he nombrado tambien procurador general, y le he encargado que se entienda con V. Reverencia para la aceptacion de nuevas casas y colegios. — San Petersburgo, 7 de Mayo de 1803.»

Sorprendióle sobremanera, y aun le alteró su paz imperturbable, la noticia de su nuevo destino. No sabiendo qué hacerse, vase á Parma á consultar con un Padre de su confianza: el cual quedó un poco admirado al verle por vez primera en turbacion

giolini á esta ciudad se supo, á lo que parece, por Viena, en donde había estado de paso para Italia, y llamó extraordinariamente la atención de la corte imperial la vista de un jesuíta, que no ocultaba serlo, antes lo descubría vistiendo el traje ordinario de tal. Recibió visitas de muchos grandes de la corte, que se le mostraron afectos.

Que el motivo de la venida de este Padre fue la expresa voluntad del Soberano Pontífice, lo deponen D. Luis Pancaldi con estas formales palabras: «Sé que el P. Angiolini era el único jesuíta, que con hábito había venido de Rusia por prudentes prácticas usadas de Pío VII por medio del senador Rezzónico, de acuerdo con el cual alcanzó que de concierto con la corte de Rusia se viniese á Roma, por la grande resolución que este Pontífice tenía de restablecer la Compañía.» Hasta aquí Pancaldi¹. Así que nada consiguieron los enemigos, y el Padre continuó su viaje. De su llegada á Roma habla extensamente el P. Luengo, testigo de vista, pues á su vuelta de España se fijó en esta ciudad².

Llegó á ella el P. Angiolini á una hora de noche del día 4 del mes de Julio (1803), y se fue á apear á un meson ó posada pública. La mañana siguiente dijo misa en el altar de San Ignacio, en la iglesia del Jesús, sin ocultar quién era. Mientras celebraba, se extendió la voz entre los jesuítas que moraban en la casa del Jesús; y al acabar, ya acudió uno, español, á convidarle á tomar chocolate, y otros varios á verle. Y mientras se desayunó, fueron á verle otros muchos, y allí tuvieron un inocente y alegre desahogo, al ver dentro de su casa á uno de aquellos verdaderos jesuítas conservados providencialmente en la Rusia. El conde Casini, agente en Roma de la corte de San Petersburgo, luego que tuvo noticia de la llegada del Padre á Roma, le sacó del meson, y le llevó á su casa, en donde vivió de asiento.

No puede con palabras explicarse la curiosidad y solicitud de todas las gentes, para averiguar si era cierta su venida, y para

¹ *Process. Rom.*, fol. 902.

² *Diario*, Tomo 37, pág. 333 y siguientes.

verle y hablarle: grande era el contento y gozo de unos, y la displicencia y confusión de otros, y la admiración y pasmo de todos; pues eran pocos, aun de los amigos, que tuviesen por cierta la legítima conservación de la Compañía en la Rusia Blanca.

Visitábanle muchos en su casa, deseaban otros que fuese á la suya: y el Padre empezó á hacer sus visitas á cardenales, prebados y otras personas de distinción. Deseó verle entre otros la archiduquesa Mariana; y el príncipe Albani dio este gusto á su Alteza, llevando en su coche al P. Angiolini. La visita fue larga: la archiduquesa, gran protectora de los Paccanaristas, hizo al Padre mil preguntas sobre la conservación de la Compañía en Rusia; á las que él satisfizo con la verdad, diciéndole cuanto bastaba para que entendiese que la Compañía se había conservado sin interrupción en aquel país. Por último la archiduquesa le convidó á comer con ella un día; y el Padre se excusó modestamente. Otros muchos romanos de todas clases y condiciones le visitaron con grandes demostraciones de aprecio y estimación.

Aunque era cosa tan pública en Roma la existencia de un jesuíta venido de Rusia, estaba tan oculta la verdadera causa de su venida, ó por lo menos la guardaba tan secreta el Pontífice, que á su mismo Secretario de Estado no la había comunicado. Así lo hace constar el Sr. D. Luis Pancaldi por estas palabras¹: «Sé que todos los ojos de los dos partidos (conviene á saber, de los amigos de la Compañía y de sus enemigos) que á la sazón estaban muy vivos, se fijaban en solo el P. Angiolini, al cual recibió Pío VII aquí en Monte Cavallo, en donde alojó. Sé que el Papa le trataba como embajador extraordinario de Rusia, y tuvo oculta aun al Cardenal Consalvi la causa por la cual le había llamado.» Hasta aquí Pancaldi.

Tan grande agitación y la publicidad de estos hechos hicieron entrar al Ministro de España, D. Antonio Vargas, en la

¹ *Process. Rom.*, fols. 902, 903.

sospecha de que algunos jesuitas españoles se habían reunido á los de Rusia: estaba con cien ojos abiertos sobre el Padre Angiolini y la conducta de los españoles con él, para enterar de todo, como pedía su oficio, á la corte de Madrid.

Y en efecto muchos eran los españoles que se habían agregado á los jesuitas de Rusia ó de Parma; y eran tantos, que tenían Vice-Provincial en Roma. «Después de nuestra venida á Roma,» dice el P. Luengo¹, «y de la entrada de muchos [de los desterrados de España segunda vez], que han entrado en la casa del Jesús, apareció uno de la Provincia del Paraguay, llamado Francisco Ocampo, con alguna autoridad recibida del Provincial Panizzoni; y con esto se aumentaron los asociados á la Rusia². Con la venida de Angiolini se excitó nuevo fervor, y se asociaron algunos.»

Al peligro que amenazaba por parte de Madrid, se añadió otro en Parma. «Aquel estado,» continúa dicho autor, «está todavía en manos de los franceses, aunque ya debían de haberle entregado á España. El rey católico se le compró á la república francesa, dándole por él la Luisiana en la América Septentrional;» pero Bonaparte vendió aquella provincia á la república de los Estados Unidos, y no entregó Parma á España. «Es, pues, grande,» termina, «el peligro de que vayan por tierra todos aquellos convictorios.»

El P. Angiolini después de haber estado privadamente con el cardenal Secretario de Estado y presentándole los papeles convenientes para ser tenido por lo que era, el día nueve ó diez acompañado en el coche por el Ministro de Rusia en Cerdeña y por el agente de la misma en Roma, fue á la audiencia pública del Papa, el cual le recibió con mucho agrado, y le saludó expresamente con el nombre de PADRE PROCURADOR GENERAL. POR

¹ *Diario*, lugar citado.

² El P. Ocampo se agregó á la Compañía de Rusia en 29 de Junio de 1799 en Barcelona. Entre las agregaciones que se registran en los catálogos, cuya copia tengo á la vista, esta es la única hecha en España.

su parte y en nombre del Padre General y de toda la Compañía de Jesús de la Rusia hizo á Su Santidad las más respetuosas protestas con expresiones de obsequio, de veneracion y de obediencia. El Papa le concedió un día á la semana (y al cabo paró en los domingos) para oírle sobre sus negocios: y desde luego comenzó á ir solo á la audiencia de Su Santidad¹.

Pero volvamos ya á nuestro P. Pignatelli, á quien, en medio de tanta satisfaccion, como no podía menos de experimentar por este suceso, le amargaba su dicha el nuevo cargo de Provincial, que de ningun modo pudo excusar, como veremos.

Hacia fines de Junio envió el P. José á Polotsk al P. Venturi y al H. Domnino. Escribiéronle estos desde Viena; y él les contestó con la siguiente carta, que revela toda la ternura de su corazón. Dice así: «Colorno, 30 de Julio de 1803. = Muy Rev. en Cto. Padre. = P. C. = Su muy grata carta del 6 del corriente, escrita desde Viena, calmó en parte la solicitud y congoja en que el bendito viaje tan largo de Vs. nos tiene á mí y á estos sus queridos hermanos. En vista de ella hemos dado al Señor las debidas gracias por el primer tercio, á buena cuenta, del camino, pasado sin contratiempo; y más animados proseguimos en las acostumbradas preces *pro itinerantibus*, que continuaremos hasta recibir la fausta nueva del deseado arribo á nuestra santa Palestina.»

«Los inevitables disgustos con los conductores, el mal alojamiento en las posadas, las mal arregladas comidas, y el gasto, que V. llama excesivo, no me sorprenden; pues demasiado previstos los tenía, y aun á V. antes de la salida se los había insinuado como otros tantos ejercicios de resignacion y de paciencia, en la cual se habrán ejercitado, como espero, mi P. Domingo y el H. Domnino con fruto y abundante mérito. Supongo que en estos momentos estarán ya próximos al término deseado.»

«Me congratulo, y en espíritu los abrazo, mezclándome con los carisimos Padres y Hermanos que ahí encuentran, atentos

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 37, pág. 171.

todos á hacerles olvidar los trabajos y peligros pasados y á demostrarles el característico espíritu de caridad, que siempre y en todas partes reina, de la buena Madre: ¡y cuánto más en país tan santo y privilegiado! Díguese el Señor, como espero lo hará, conservar sano á V. R., y hacerle verdadero hijo de Padre tan santo, y obrero de la viña del Señor, cuales él los describió en sus santas Constituciones.»

«Estos sus compañeros cordialísimamente le saludan y se encomiendan en sus santas oraciones. El P. Andrés, que actualmente se halla aquí, aprueba lo que V. R. sabiamente hizo respecto á su carta para aquella conocida Señora de Viena; y le da un cariñoso abrazo. El P. Fortis, aunque ha estado últimamente en cama por sus acostumbrados achaques, confío que podrá venir á predicarnos su bellissimo sermón de Santo Domingo. ¿Qué más? Á principios del próximo Agosto entrarán á ocupar el aposento de V. R. Boffi, á quien habrá V. conocido en Parma, y Rezzi¹, plasentino, examinado y aprobado ya de filosofía: sean ellos también un día destinados á Polotsk.»

«Los Padres Grassi y Soranzo fueron los primeros; después V. R. Veremos lo que se hará con estos². Entretanto encomiéndelos al Señor. El P. Panizzoni escribe á V. R., y quizás

¹ En la copia del original se lee *Razzi*. Evidentemente ha de ser Rezzi (Luis María); el cual entró en el noviciado de Colorno en 4 de Agosto de este año de 1803, y estuvo con el P. Pignatelli en Nápoles hasta Noviembre de 1805, en que fue enviado á Sicilia, y á esta Provincia perteneció por espacio de nueve años. Fue secretario del P. Angiolini, y más tarde consultor de las Sagradas Congregaciones de Ritos del Índice.

² De estas palabras del Siervo de Dios se deduce, que desde Agosto de 1801, en que salieron para Polotsk los novicios PP. Grassi y Soranzo, hasta la presente fecha, ningun otro novicio fue enviado á Rusia, ni siquiera aquellos dos, para quienes pidió el P. José á Pío VII facultad para hacer los votos en Parma, y no la obtuvo, según vimos en el capítulo cuarto de este libro, página 322. Y como no es verosímil, que en la corta permanencia del Padre en Parma después de la salida de estos dos novicios, enviara otros á Rusia, resulta que solos cuatro fueron los que envió desde Colorno á Polotsk, como escribimos en el libro tercero, capítulo once, página 241.

escriba también el P. Perocci: por esto nada le digo de Parma, y paso á escribir dos líneas al H. Domnino. Al P. Desperamus le escribo dándole las gracias por lo que en Viena ha hecho por ustedes³.»

«Y esperando noticia de su llegada al término del viaje, *quod faustum fortunatumque sit*, quedo siempre, en plenitud de aprecio y cariño, de V. R., en cuyos santos sacrificios me encomiendo. = De V. R. = Afectísimo siervo en Cristo = JOSÉ PIGNATELLI.»

Algunos días ántes de salir de Colorno los dos novicios, Padre Venturi y H. Domnino, le ocurrió un lance que mortificó bien su humildad. Sabedor el P. Provincial de Santo Domingo de que el P. Pignatelli lo iba á ser de la Compañía, quiso honrar la humildad del Siervo de Dios y dar pública muestra de la union y armonía que reinaba entre ambas religiones, haciéndole presidir en un acto solemne: honor que hasta entonces se había reservado al obispo.

Solía ir todos los años á Colorno, donde estaba la corte, para la festividad del *Córpus*, Monseñor Diosdado Turchi, obispo de Parma, y oficiar de pontifical en la procesion de aquel solemne día. Muerto el duque, y teniéndose el obispo por desobligado de tal atencion, quedóse aquel año de 1803 á oficiar en la iglesia catedral. Al P. Provincial de Santo Domingo correspondía la presidencia en la solemne procesion que salía de su templo de San Liborio; mas tuvo á bien ceder aquel puesto de honor al P. Pignatelli, para que se ensayara á desempeñar semejantes oficios, cuando, siendo ya Provincial de la Compañía, se hallase en el compromiso de tenerlo que hacer.

Resistióse una y muchas veces el humilde Padre, y otras tantas renovó sus instancias el Padre dominico; y se hubiera hecho interminable la contienda, si este no hubiese dado á entender al P. Pignatelli, que de admitir la presidencia, había de

³ El P. Eduardo Desperamus nació en 27 de Setiembre de 1757, entró en la Compañía el 6 de Noviembre de 1751, y murió en San Petersburgo el 14 de Noviembre de 1812.